

Cuarta parte

Detener la reproducción de la gran pobreza

SUMARIO

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

LA GRAN POBREZA Y SU REPRODUCCIÓN

- El subproletariado, tierra de acogida para los trabajadores empobrecidos.
- Los trabajadores subproletarios reducidos a la asistencia.
 - el malentendido entre la sociedad y los más desfavorecidos.
 - la inseguridad trasladada a los más débiles.
 - la asistencia: una mala respuesta.
- Resistencia y fuerzas de los trabajadores más desfavorecidos.
 - la resistencia reprimida.
 - apoyarse en las fuerzas de resistencia.

LUCHAR CONTRA LA REPRODUCCIÓN DE LA GRAN POBREZA

- Una base y observatorios regionales.
- La seguridad económica.
- Saber y compartir el saber.
- Tomar la palabra.
- Para terminar:
La voluntad política de destruir la condición de extrema pobreza.

PRÓLOGO

Solicitado en octubre de 1982 por Michel Rocard, ministro de Estado, ministro del Plan y de la Ordenación del territorio, en el marco de la preparación del IXº Plan, este informe fue redactado por Joseph Wresinski entre octubre y diciembre del mismo año y fue publicado en enero de 1983 por la Documentation française.

La miseria no es inevitable. Sin embargo, aunque la ciudadanía esté dispuesta a lamentar la gran pobreza, no todos quieren de verdad pagar el precio de destruirla. Las mentalidades están impregnadas en buena parte de la idea de que llevar demasiado lejos la igualdad de oportunidades supondría hacer correr al país unos riesgos demasiado grandes para unos ciudadanos que, según se piensa, no harían un buen uso de esa igualdad.

Los franceses están de acuerdo en poner todos los medios posibles para ir en busca de los pilotos que tienen dificultades en el París-Dakar, pero no se inmutan y permiten que en pleno noviembre se eche a la calle a familias cargadas de niños y bebés. Abundan los ejemplos en los que resulta patente que todos somos cómplices del tratamiento que se impone a los más desfavorecidos. Sobre todo, no digamos que no se conoce la realidad de la miseria: desde 1974, economistas, políticos y partidos hablan de millones de pobres en Francia. En 1976 Georges Marchais denunciaba que había 17 millones. Funcionarios competentes, como Trintignac, Gabriel Oheix o Antoine Lion han descrito los problemas de los pobres y han propuesto cambios en las instituciones. Más recientemente el señor Charvet desarrolla la misión “Pobreza” por mandato del Ministerio de Solidaridad. Todos coinciden en lamentar las escasas inversiones estatales en estas cuestiones. En efecto, es imposible señalar una cifra concreta. ¿No encontramos ahí una señal de la insuficiente voluntad política para destruir la gran pobreza?

Por desgracia, todas estas iniciativas, todas estas llamadas no han movilizado lo más mínimo al país, que, en general, sigue ciego y sordo. Entre los muchos franceses que tienen dificultades a consecuencia de la crisis se destaca sólo a los “nuevos pobres”, como si se olvidara que entre estos “nuevos pobres” hay muchos que ya conocieron la miseria antes de acceder, durante el período de prosperidad, a esta débil seguridad que el paro les ha hecho perder. Por eso hoy vemos que en París vuelve a aparecer la sopa de caridad, ese centro de vergüenza y de infamia de los pobres, sin que el país se escandalice porque la Francia de 1983 retrocede así 25 años.

El Ministro de Estado y Ministro de Planificación y Fomento me pidió un informe sobre la gran pobreza, sobre su persistencia y sobre los ejes en que basar una política encaminada a su destrucción. Acepté el encargo, aunque no a título de experto. Ya lo habían hecho algunos políticos e informadores antes mencionados. Si acepté redactar ese informe fue porque yo tengo una baza importante: haber tratado durante 26 años, en el seno del Movimiento Internacional ATD Cuarto Mundo, a estas familias de trabajadores desfavorecidos y así haber podido recoger su pensamiento y sus opiniones día a día. Además, miles de ellas me enviaron en 1982 unas hojas informativas en las que hablan de su situación, de la injusticia que sufren y de la lucha que intentan librar. En resumen, desde hace 25 años se han elaborado miles de informes monográficos gracias a más de trescientos voluntarios permanentes que trabajan sobre el terreno.

Así, sabiendo lo que ya habían escrito otros sobre el ámbito de la pobreza, mi informe no podía ser más que una llamada al nacimiento de nuevas solidaridades con los subproletarios. Quise ponerme al lado de estos trabajadores y sus familias y mostrar cómo resisten el trato que la sociedad les hace soportar: exclusión y asistencia. Quise recordar que la gran pobreza sólo podrá ser destruida si quienes la sufren se convierten en protagonistas del cambio.

Por último, no he elaborado una lista de las reformas administrativas o institucionales necesarias: las administraciones y las instituciones tienen capacidad para modificarse profundamente y son las mejor situadas para decir cómo, siempre que reciban un impulso político vigoroso. Por eso decidí hacer más bien propuestas para las luchas precisas, que suponen que todos los interlocutores estén comprometidos con el Cuarto Mundo. Sabemos por experiencia que sin su compromiso y sin la participación de los más desfavorecidos las reformas imaginadas para luchar contra las desigualdades sociales resultan ineficaces o recaen en otras capas sociales.

INTRODUCCIÓN

En estos últimos años se ha puesto de manifiesto en los países occidentales una nueva preocupación por las cuestiones relacionadas con la pobreza. La pobreza se presenta como una amenaza para muchos que ven cómo se degrada su situación, al tiempo que se multiplican los artículos, informes y estudios sobre este asunto. El Ministro de Planificación y Fomento plantea la cuestión de la extrema pobreza, “que rara vez es objeto de un examen específico en las instancias responsables de la planificación»¹ y pide más concretamente que se estudien los mecanismos de su reproducción, que se propongan enfoques y políticas para romper esta cadena.

Este informe busca demostrar que el mantenimiento y la reproducción de la extrema pobreza, es decir, la existencia de un subproletariado, afecta esencialmente a la forma en que nuestra sociedad trata a los pobres, haciendo que recaiga en ellos la inseguridad general y relegándolos a una situación de asistencia. Sólo una transformación que devuelva a los pobres su papel activo puede invertir estos mecanismos.

Hablar de gran pobreza, de subproletariado, es romper con un enfoque por categorías administrativas, es hablar de familias de trabajadores y de su entorno, no de casos sociales ni de individuos; es hablar de identidad colectiva, no de problemas, de historia y no de deficiencias o carencias. La persistencia y la reproducción de las situaciones extremas es el problema central que plantea la pobreza para quienes la viven, para quienes la temen, para quienes quieren destruirla: ahí es donde fallan los remedios propuestos, pues de la suerte que se reserva a los más pobres depende el grado de inseguridad que pesa sobre los pobres y de todos aquellos cuya situación se degrada, mientras que a ojos de los más pobres lo más intolerable es ver a sus hijos condenados a vivir mañana la misma miseria.

Hacer de la lucha contra la persistencia y la reproducción de situaciones de gran pobreza una prioridad nacional es una cuestión de justicia de cara a las víctimas de la miseria; es una cuestión de eficacia, porque los más pobres pueden hacer una contribución insustituible al conjunto de la sociedad; es una condición para evitar una sociedad en la que una parte de la población seguiría al margen, como ciudadanos de segunda clase.

La eliminación de la condición subproletaria representaría una esperanza inmensa para todos los pobres y los que corren el riesgo de serlo, y sería beneficiosa para todos los ciudadanos. Para detener la reproducción de la extrema pobreza es preciso devolver a los más desfavorecidos su papel como denunciantes de las violaciones de los Derechos Humanos que ellos sufren sin cesar y darles los instrumentos de la palabra para que se conviertan en defensores de esos derechos.

La primera parte del informe presenta a un subproletariado aprisionado en la pobreza persistente. Muestra el malentendido que existe entre la sociedad y los trabajadores menos desfavorecidos, la inseguridad que se vuelca sobre los menos eficientes y la asistencia como única respuesta que se propone. A continuación repasa la resistencia de los subproletarios y la lucha que oponen a su condición.

En la segunda parte se propone la creación de observatorios regionales de la gran pobreza, así como el establecimiento de una base de seguridad en los tres ámbitos clave, que son la seguridad económica, el saber y la palabra, como primera etapa de una voluntad política clara de lucha contra la gran pobreza.

¹ Carta de misión del señor Rocard, 7 de octubre de 1982.

LA GRAN POBREZA Y SU REPRODUCCIÓN

EL SUBPROLETARIADO, TIERRA DE ACOGIDA PARA LOS TRABAJADORES EMPOBRECIDOS

El subproletariado surge en familias francesas de trabajadores urbanos y rurales. Por tanto, pertenece al mundo del trabajo y ha participado de todos los acontecimientos de su historia. La exclusión social y la miseria de las que el mundo obrero en conjunto ha sabido liberarse han pasado a ser el destino de esta capa de trabajadores. Una parte de los más pobres de hoy descienden de quienes firmaron con una cruz en los libros de quejas creados por el padre Larrard de Villary en 1789, al que decían su nombre y su oficio. Dufourny de Villiers les denominó entonces Cuarto Orden, en un intento vano de lograr su representación en los Estados Generales de 1789.

Al siglo siguiente vemos aparecer a las mismas familias con los mismos vínculos de parentesco en los registros de ayudas o limosnas a los pobres. Los oficios humildes son ya menos oficios, son más bien ocupaciones y hay señales de que son muchos más los que se ven obligados a sobrevivir con chapuzas. Es la época en que Karl Marx señala la existencia de diversas situaciones de miseria. Está la mano de obra excedente, entre la que se encuentra una “población estancada, más rechazada que atraída por los nuevos centros industriales”. Por último, el “lumpenproletariado”, esos ciudadanos sin “un medio de vida bien definido, a veces ni siquiera reconocible, y, al menos algunos, sin domicilio fijo”. Nosotros mismos no hemos hecho otra cosa que comprobar los árboles genealógicos, recorrer con los trabajadores más pobres de hoy el largo camino de su ascendencia.

El subproletariado no es estático. A este núcleo duro se suman aquellos a los que el pauperismo llega incluso a marginar de su grupo. Esto es cierto en parte para las poblaciones de origen nómada, los inmigrantes y otros grupos más o menos integrados en nuestras sociedades modernas, como los barqueros. Un cierto número de trabajadores franceses que se empobrecieron gravemente y que hoy están en las filas de los parados, corren el riesgo, a su vez, de convertirse en subproletarios. Eran ya pobres, como señalaron René Lenoir² y Lionel Stoléru³ en 1974 y Georges Marchais en 1976. La crisis los golpeó de pleno y perdieron sus derechos elementales. A su vez se convirtieron en víctimas de los mismos procesos de alienación que les relegan en la exclusión. Si la situación perdura, para sobrevivir adoptarán la forma de vida y de pensar del subproletariado.

En efecto, para sobrevivir en las condiciones que les fueron impuestas tuvieron que crearse un modo de vivir y de pensar especial, una manera de vivir y de pensar que les separa aún más del mundo de los trabajadores reconocidos.

Así, surgido del mundo laboral, se constituye un entorno heredero de una larga historia de miseria. Sus miembros se reconocieron por haberse encontrado en los mismos circuitos de la exclusión, por haber sufrido las mismas privaciones, por haber vivido las mismas humillaciones, incluso de parte de las administraciones y de las organizaciones de ayuda mutua. Ante la agresión de la miseria aprendieron las mismas actitudes y las mismas respuestas.

² René Lenoir, « Les exclus », Le Seuil, 1974.

³ Lionel Stoléru, « Vaincre la pauvreté dans les pays riches », Flammarion, 1974.

Así se perpetúa un subproletariado en las fronteras móviles a las que algunos acaban de llegar, que otros dejan durante un tiempo más o menos largos para volver cuando la coyuntura es desfavorable, como ocurre hoy día, entre esos a los que llamamos “nuevos pobres”.

El ejemplo de lo que ocurrió en los Países Bajos en los años 60 tal vez pueda ilustrar esta idea. En los Países Bajos se produjo durante los años 60 una reducción de la oferta de mano de obra, por lo que pudimos ver a trabajadores subproletarios sin cualificación que encontraban un empleo aparentemente estable. Holanda había esperado un poco más que Francia para abrir sus fronteras a los trabajadores emigrantes, pero la modesta mejora no duró, y, con la llegada de los trabajadores emigrantes, vimos una vez más que los trabajadores neerlandeses más pobres se quedaban sin empleo. Algo habían ganado en esta breve recuperación de su vida profesional. Como habían tenido un empleo estable durante el tiempo suficiente para tener derecho al subsidio de paro, fueron apareciendo en las listas de las subvenciones. Sus nombres nunca antes habían figurado allí, pero hasta esta pequeña seguridad económica desapareció, una vez más, en la vida de sus hijos. No había durado lo suficiente para allanar el camino de la escuela y la formación. Los hijos de los trabajadores subproletarios, que durante un corto período de los años 60 habían entrado en el mercado laboral, están hoy otra vez sin trabajo. El subproletariado es, en cierto modo, la tierra de acogida de los que sufren el pauperismo. Aunque la pobreza se extiende mucho más allá del subproletariado, la existencia de esta situación atestigua que en nuestras sociedades subsiste el peligro de sufrir todas las alienaciones, todas las privaciones.

LOS TRABAJADORES SUBPROLETARIOS REDUCIDOS A LA ASISTENCIA

A) EL MALENTENDIDO ENTRE LA SOCIEDAD Y LOS MÁS DESFAVORECIDOS

Existe un profundo malentendido entre nuestra sociedad y sus trabajadores más desfavorecidos. Nuestra sociedad ve necesidades no cubiertas y los pobres quieren que se tenga en cuenta su contribución⁴.

Ve niños que fracasan en la escuela, adultos con problemas de salud, presupuestos en perpetuo desequilibrio. Y lo explica por la debilidad del lenguaje del entorno, por el hecho de que la gente no sabe cuidarse, por su incapacidad para gestionar un presupuesto. Pero los niños sienten que en la escuela se hace caso omiso de su experiencia de la vida y de sus intereses. Los adultos con problemas de salud saben que el examen de una enfermedad descubre otras, porque “la máquina está gastada”, y que es peligroso que examinen a fondo su estado. La gente se debate en medio de unas limitaciones que los demás ignoran: la amenaza del hambre, del frío, de la fragmentación de la familia y de la ruptura de todas las solidaridades a su alrededor. Enfrentados a esta angustia, ni la seguridad social ni la ayuda social permiten garantizar una solución a las personas. Nuestra sociedad propone una protección social individual o familiar, pero los subproletarios saben que es inútil si no funciona en un entorno: su verdadera “seguridad social” son los que han compartido las mismas experiencias, que dicen que no se puede echar a una familia a la calle, que los seres humanos no son perros.

Las explicaciones, como los remedios propuestos, no tienen en cuenta más que una cara de la pobreza, la que consiste en entender que los pobres son los que tienen menos. El estudio de las desigualdades, al menos cuando revisa todas las posibilidades, examina numerosos ámbitos: salud, ingresos, vivienda y medio ambiente, formación escolar y cualificación. Las

⁴ Se profundizará en esta contribución en el capítulo “Resistencia y fuerzas de los trabajadores más desfavorecidos”.

ayudas, sea la seguridad social o la asistencia, quieren ofrecer más posibilidades de acceder a la atención, a que se cubran las necesidades de educación de los niños, incluso las de alimentación y calefacción.

Pero la acción cotidiana con los trabajadores muy pobres y sus familias se tropieza con la otra cara de la gran pobreza: la de los obstáculos que les impiden hacer valer su saber y su pensamiento, sus conocimientos y su acción, en una sociedad que enseguida ha llegado a la conclusión de que de ellos no se puede esperar ninguna contribución. Del niño que tiene problemas de expresión y hace perder el tiempo a toda la clase se dice que es retrasado, lo que justifica a una sociedad que, de hecho, ha admitido hace tiempo que estos niños salen de la escuela sin dominar la lectura, la escritura, el cálculo, cuando sus posibilidades intelectuales se desarrollarían si se reconociera que su experiencia puede contribuir al enriquecimiento de los demás.

No se considera empleado ni camarada de verdad al trabajador calificado a la ligera de “inestable”, porque supone para el jefe y para los demás asalariados el riesgo de reducir su rendimiento. Por eso él será la primera víctima de los recortes de personal, confirmando así su inestabilidad. Pero también es el último para el que el jefe tendrá una idea de porvenir, un plan profesional. Temporada tras temporada realizará tareas completamente inconexas y dependientes, sin derecho a cualificarse ni a aprovechar las competencias adquiridas. También, en la inmensa mayoría de los casos, estará excluido de hecho o de derecho de las ventajas que otorga el mantenerse en un empleo (los convenios colectivos o el derecho a la formación).

El malentendido respecto de la naturaleza de la pobreza ha acarreado un malentendido sobre las soluciones. Se considera que la asistencia es una base, pero no es nada: no garantiza que se escapará del hambre, del frío, de la destrucción de los lazos familiares. Y si no garantiza que estarán cubiertas las necesidades es porque manifiesta el rechazo de la contribución de los pobres y no la voluntad de integrarlos. Por este motivo es inaceptable, tanto para el contribuyente, que no ve ninguna contrapartida, como para los beneficiarios, que se sienten humillados cuando se responde con la sopa de caridad a su esperanza de pertenecer a la sociedad de la informática.

B) LA INSEGURIDAD TRASLADADA A LOS MÁS DÉBILES

Nuestra sociedad acepta como algo natural desplazar el máximo de la inseguridad colectiva sobre aquellos de sus miembros que menos medios tienen para soportarla. Esta aceptación está de hecho en las raíces de la persistencia de la gran pobreza y en las raíces de la reproducción de la gran pobreza en las mismas familias y los mismos grupos sociales. La crisis y la distribución del coste de la adaptación económica actual permiten ilustrar tal aceptación. Pero nos equivocáramos al pensar que se trata de algo nuevo. Por no referirme más que al período de posguerra, la inseguridad respecto de la vivienda, del saber y de los cambios económicos podría dar lugar a las mismas observaciones.

Cuando el refuerzo de la competitividad de una empresa exige reducciones de personal, los despedidos son los trabajadores que menos rinden en la unidad reorganizada.

La lógica del desempleo, por selecciones sucesivas y despedidos a los que no se vuelve a contratar o despidos sucesivos, permite dejar a los trabajadores menos eficientes al margen de la producción. Así se aumentan las posibilidades de que se vuelvan aún menos eficientes, porque tienen menos oportunidades que otros de formarse o reciclarse. Por lo que se refiere a las cualificaciones mínimas, cuando se reparten el trabajo y el paro a través de la rotación de los trabajadores, a través del trabajo temporal o de otras formas de empleo precario, el paro sólo da derecho a una escasa indemnización. La pérdida del empleo pone en grave peligro una

inserción profesional y social que muchas veces es ya frágil. La pérdida de ingresos pone en peligro la capacidad para cubrir las necesidades elementales.

En esta situación no es posible aprovechar el período en paro para cualificarse o para adquirir los medios para mejorar la posterior inserción. Y tanto menos porque, para los trabajadores para los que los años de trabajo no suponen ningún beneficio, el interés de una formación adquiere verdadera consistencia si va ligado al trabajo actual, si la formación está vinculada con la producción.

El desempleo resulta de una necesidad de adaptar el aparato económico a un presente y un futuro distintos del pasado: es lo que procuran los trabajadores y las empresas. Pero los trabajadores más desfavorecidos no hacen sino soportar momentáneamente una parte del coste de esta adaptación que es el paro. Quedan relegados de forma duradera en el paro o en una mayor precariedad del empleo y excluidos de las ventajas de una adaptación personal, cuando son los que más la necesitan de cara al futuro.

En este período, como siempre, los trabajadores más pobres sólo tienen derecho a la primera página de los periódicos cuando se trata de la sopa de caridad. Pero luchar contra la gran pobreza exige acercar a estos trabajadores y a sus hijos a las técnicas del futuro. Esta lucha supone la movilización de todos para rechazar que la inseguridad caiga como una cascada sobre los más débiles.

Tal vez algún día nos atrevamos a seleccionar a nuestros ingenieros, técnicos y obreros más dinámicos para hacerles afrontar las incertidumbres del futuro en buenas condiciones, en vez de seleccionar a los que menos rinden o a los peor defendidos para hacerles pagar, con el paro, el coste destructivo de la inadaptación y de la inseguridad colectiva.

C) LA ASISTENCIA: UNA MALA RESPUESTA

Cuando los trabajadores y las familias se adaptan a sobrevivir en la extrema inseguridad, nuestra sociedad interviene diciendo que es preciso educarlos, reeducarlos. Es la vida la que se encarga de su educación, y sin contemplaciones. Si esta vida, si el trabajo, la vivienda precaria, si la amenaza para la integridad familiar no cambian, ¿cómo podría cambiar su “educación”?

Por ejemplo, la gestión del presupuesto familiar, siempre desequilibrado, moviliza la ayuda mutua (en forma de donativos y adelantos) de algunos vecinos, los anticipos del patrón, la eventual solicitud a la asistencia pública o privada. Sería imprudente intentar limitar esta gestión al marco estrecho de la familia como propone nuestro modelo de educación: ellos no pueden constituir una auténtica reserva que dé seguridad: los plazos de gestión son mucho más largos porque las situaciones de empleo, las situaciones familiares y las situaciones de salud son más cambiantes o menos fáciles de probar. Están mal protegidos en situaciones deficientemente descritas, como es el caso del paro consecuencia de un cese de actividad oficialmente voluntario o de las incapacidades parciales para el trabajo.

Por tanto, para ellos lo más seguro es mantener unas redes de distintas clases que constituyen una red de seguridad para la supervivencia. Pero esta red de seguridad sigue teniendo limitaciones. No permite cambiar nada, puesto que no tiene ningún alcance social. La idea de que es preciso educar a un entorno, defender a los niños contra sus padres, a las familias contra personas a las que acogen, lleva a reforzar el componente destructor de la asistencia. La asistencia destruye y controla esas solidaridades nacidas de la iniciativa de sus beneficiarios, en vez de reforzarlas. Además, son estas solidaridades las que ponen de manifiesto las contribuciones de que son capaces unos y otros.

De la alcaldía a la empresa, pasando por la escuela, la central sindical, los comercios y la iglesia, se establece una especie de acuerdo para orientar a “esa gente” hacia la asistencia social o las obras caritativas, incluso el hospital psiquiátrico o el juez.

Pero ellos plantean las cuestiones esenciales de su falta de representación política, de la división del trabajo en tareas nobles y no nobles, incluso, según el término histórico, “innobles”, del desprecio de la experiencia popular y de las preocupaciones de los menos favorecidos por la élite de la institución escolar, universitaria y los medios de comunicación, la cuestión de la distancia nunca definitivamente salvada entre el discurso a favor de dar prioridad a los más desfavorecidos y su ausencia, la cuestión del desconocimiento de unas necesidades irresolubles, la de la prohibición lanzada sobre la espiritualidad de los pobres. Ante cada una de estas cuestiones, las solidaridades que se establecen entre iguales (representantes, directivos y responsables de empresas, compañeros de trabajo, etc.) pierden una parte de su legitimidad.

Orientar a los trabajadores más pobres y a sus familias hacia la asistencia que debe tener en cuenta sus problemas, sus necesidades, es, sin lugar a dudas, no ver cómo el desarrollo actual hace perder valor a la construcción económica, social y cultural de una parte de nuestro pueblo.

Pensar que todos los hombres tienen derecho a contribuir a la riqueza de una sociedad es el fundamento de la seguridad de todos. Pero cada cual tiene que pagar un precio. Movilizar a los franceses en este sentido es la mejor forma de preparar el porvenir en un período en el que los cambios tecnológicos y sociales hacen perder valor al trabajo y las cualificaciones de muchos, igual que el desarrollo económico y social de épocas pasadas y recientes hizo perder todo su valor a la contribución de quienes se vieron convertidos en subproletarios y mantenidos en tal condición.

RESISTENCIA Y FUERZAS DE LOS TRABAJADORES MÁS DESFAVORECIDOS

A) LA RESISTENCIA REPRIMIDA

Los subproletarios se resisten a la situación que se les ha asignado, al modo en que son tratados. No pueden hacerlo de un modo organizado, pero lo hacen individualmente. Y en ello sufren un perjuicio, porque, en los circuitos de asistencia en que están encerrados, otros han tomado la costumbre de pensar por ellos, de decidir por ellos, y no aceptan fácilmente que se les resistan, sobre todo porque creen saber mejor que los interesados qué es bueno para ellos y son incapaces de comprender la base de las actitudes de los subproletarios.

Esta resistencia puede expresarse de varias formas. Puede manifestarse a través de la no cooperación: es el caso del niño que, más o menos conscientemente, se niega a aprender en la escuela, porque presiente una desconfianza hacia su familia; es el caso de la madre que no comunica sus embarazos para no exponerse a observaciones desagradables; es el caso de la familia que deja su casa antes de la fecha en que será expulsada y va a refugiarse a una vivienda clandestina donde tendrá que vivir escondida y sin derechos. Se trata de frenar a un sistema que sólo concede derechos al precio de una humillación.

La misma naturaleza tiene la resistencia que consiste en organizarse fuera de los circuitos oficiales para seguir viviendo: como el parado que consigue un poco de dinero haciendo chapuzas aquí y allá, que acepta trabajar sin que lo declare la empresa, que va a vender objetos sacados de la basura, o bien la organización económica que se crea en el entorno ante la irregularidad de la entrada de dinero.

Otra forma de resistencia es la violencia que muestran a veces los subproletarios, una violencia ciega que sólo tiene el objetivo de levantarse contra la sociedad y que no aporta ninguna ventaja. Es el joven que comete pequeños hurtos y sólo busca provocar, que insulta a la policía o arroja piedras contra la comisaría, es la juventud de un barrio desfavorecido que destroza un local totalmente nuevo que han construido sin consultarles ni vincularlos al proyecto, es el fusil que se levanta contra la asistente social, en cuya visita la familia ve una amenaza. Son gestos cuyas consecuencias pueden perseguir durante mucho tiempo a su autor y aumentar el temor que suscita el subproletariado.

La resistencia puede ser también un servilismo extremo, la aceptación de una dependencia excesiva de los trabajadores sociales, por ejemplo, a los que los subproletarios mendigan ayudas sin descanso, ante quienes exageran sus actitudes educativas castigando públicamente a su hijo, que no ha hecho más travesura que no estarse quieto. O puede que denuncien la forma de actuar del vecino para despertar la benevolencia o para conseguir una ayuda: agachan la cabeza, representan un papel. Así se hacen cómplices de una dependencia que, sin embargo, rechazan en lo más profundo, como bien demuestra la reventa de la ropa conseguida en un ropero, o las palabras insultantes que profieren contra la tutora tan pronto como salen de su despacho.

Esta resistencia no carece de consecuencias. Por una parte, los subproletarios sufren las consecuencias físicas y materiales de los actos que han realizado porque rechazan la asistencia y el desprecio: los jóvenes que beben los sábados por la noche para huir del aburrimiento y la desesperación se vuelven alcohólicos; las familias que huyen pasan meses en la calle; los padres que han insultado a un trabajador social ni siquiera pueden ya conseguir ayudas y pasan hambre; docenas de miles de jóvenes salen analfabetos de la escuela. Por otra parte, la resistencia de los subproletarios pasa muy frecuentemente desapercibida o no se comprende, pues no tienen ninguna forma de dar a conocer explícitamente su punto de vista. Los subproletarios quedan reducidos a las consecuencias de sus actos y no se intenta comprender por qué los han realizado. Dicen: “Son alcohólicos, unos vagos, violentos, son padres indignos, son inquilinos poco cuidadosos”, pero los subproletarios no se ven así ni quieren ser así.

Es muy raro que los subproletarios hablen de esta resistencia, porque saben que solamente se comprende en su entorno. Pero nosotros somos testigos de millares de ejemplos en que los subproletarios toman postura y dicen hasta qué punto –al tiempo que lamentan como todo el mundo las consecuencias de la bebida, de la violencia, de la huida, de la falta de cooperación– son tolerantes y receptivos ante los actos de resistencia realizados. Es todo un barrio que esconde a un niño al que quieren llevarse, es acoger en la casa atestada a una familia que está en la calle, es el silencio ante la policía, es la leche que se comparte con los hijos del vecino, es la ayuda que se pide al hombre que lleva años sin trabajo...

Como no toman el relevo la solidaridad nacional ni la de los agentes del desarrollo económico y de la vida asociativa y sindical, su forma de resistirse a la extrema pobreza no consigue ninguna repercusión social. Salvando las distancias, los más pobres están en la situación de un manitas que consigue un invento en su taller pero no encuentra socios, patrocinadores ni técnicos para que ese invento tenga repercusión económica. Por eso el invento no evoluciona.

En la situación de los trabajadores subproletarios y sus familias, no sólo su forma de afrontar la extrema pobreza no sirve de base a sus asociados en la acción de lucha contra la pobreza, sino que esa forma de actuar se ve continuamente desvalorizada por esos mismo asociados.

B) APOYARSE EN LAS FUERZAS DE RESISTENCIA

El combate para destruir la miseria no puede basarse en el conocimiento de los puntos débiles de los más desfavorecidos, sino que debe basarse en comprender y tener en cuenta esta resistencia a su situación, porque señala su deseo de cambio.

En la resistencia son ya protagonistas y asociados de la lucha. Las fuerzas que el país ha de poner en funcionamiento deben sumarse a esta resistencia si queremos que la acción emprendida libere a los más desfavorecidos y no suponga para ellos el nacimiento de nuevas formas de alienación. Ellos tienen algo original que aportar en razón de su experiencia, que les ha dado un punto de vista particular sobre las cuestiones de la sociedad, y deben tener ocasión de transmitir ese punto de vista, porque sólo ellos lo tienen.

Si las actitudes incomprendidas fueran reconocidas como afirmación de un valor, podrían desencadenar transformaciones válidas para todos. El rechazo de unas condiciones de trabajo inútilmente duras o degradantes podría dar lugar a la transformación de esas condiciones, a que se hicieran impensables e imposibles para todos los ciudadanos; el rechazo de la intrusión en la vida familiar podría crear nuevas garantías de respeto de la vida privada de todas las familias.

Manifestar la resistencia y las posibilidades colectivas de individuos y familias aisladas en su fracaso es el objetivo de las asociaciones en que se agrupan los más desfavorecidos, y la experiencia ha demostrado que los seres marcados por un fracaso aparentemente definitivo son capaces de logros sorprendentes cuando se encuentran con condiciones favorables, ante alguien que confía en ellos; la experiencia ha demostrado que los subproletarios están dispuestos a unirse, a librar a plena luz su lucha contra la miseria si pueden tener la certeza de que sus acciones no serán acalladas o deformadas sistemáticamente, que no les supondrán un incremento de controles o de intervenciones, sino que podrán desembocar en un cambio.

Juntos, los subproletarios han obtenido satisfacciones en acciones colectivas: que se sustituyera a una maestra de baja por enfermedad; oponerse a la expulsión de familias o lograr que se les encontrara otro alojamiento; apoyar en su causa a las familias víctimas de los “dramas de la miseria” hasta conseguir que no separen definitivamente a los niños de sus padres y que éstos puedan desde ese momento contar con el respaldo de la vecindad y de los servicios sociales.

Las agrupaciones han permitido a los subproletarios afirmar su identidad colectiva y reivindicar un lugar reconocido en la sociedad. En 1977, los subproletarios se comprometieron públicamente a superar su ignorancia y lanzaron un desafío: al cabo de diez años no habría entre ellos ni un solo analfabeto, ni un solo trabajador sin oficio. A partir de aquello, los adultos analfabetos crearon el grupo “Leer y escribir” para aprender juntos los conocimientos básicos.

En 1982, 10 000 representantes de los más desfavorecidos de Europa, reunidos en Bruselas, se erigieron en defensores de los Derechos Humanos. Con los más desfavorecidos, la sociedad puede encontrar el camino hacia un nuevo respeto de los Derechos Humanos para todos, basándose principalmente en la experiencia en este ámbito de quienes todos los días han de conquistar la dignidad que les es negada.

LUCRAR CONTRA LA REPRODUCCIÓN DE LA GRAN POBREZA

UNA BASE Y OBSERVATORIOS REGIONALES

Una política que busca la desaparición de la gran pobreza debe luchar contra los mecanismos de su reproducción, invertir la corriente que hace que la inseguridad recaiga en los menos preparados para afrontarla, sustituir la asistencia por una acción que se base en el rechazo de la desposesión permanente de los derechos elementales de la capa más débil de los trabajadores. Tal política debe necesariamente volverse a esas luchas que han sido siempre de los trabajadores. La condición previa a toda acción destinada a cambiar la condición subproletaria es reconocer a los subproletarios la identidad obrera y sus derechos correspondientes.

La gran pobreza, igual que la pobreza, desaparecerá cuando se ponga fin a la privación de la seguridad económica, de la adquisición del saber y de la palabra. No se trata aquí de dictar a los políticos ni a la administración lo que deben hacer: tienen los medios y las competencias para inventar otra forma de sociedad en la que la gran pobreza y la exclusión social se denunciarían como males que deben combatirse prioritariamente. En las páginas siguientes hemos intentado solamente indicar algunas líneas de acción política en las que debe movilizarse el país si de verdad quiere actuar contra aquello que denuncia.

– UNA BASE:

Una política de lucha contra la reproducción de la gran pobreza debe orientarse esencialmente a hacer realidad una base de seguridad. Esta base no es un mínimo vital cultural o social garantizado, sino un nivel por debajo del cual no pueda encontrarse ningún ciudadano sin provocar la indignación de la conciencia nacional. Debe ser un nivel que esté por encima del de la mera subsistencia, que aporte al ciudadano un punto de partida para un desarrollo social, económico y cultural, los medios para devolverle todas sus oportunidades de promoción en los ámbitos de la seguridad económica, el acceso al saber y la toma de la palabra⁵.

Esta base sólo puede hacerse realidad por voluntad del Estado: la existencia de la extrema pobreza, como hemos demostrado más arriba, depende de un consenso nacional. Su destrucción supone, en cambio, una movilización de igual naturaleza. La base de que hablamos estaría garantizada en la medida en que la conviertan en prioridad los interlocutores de la vida política, sindical y asociativa. Sólo será eficaz si se construye partiendo de la experiencia de los subproletarios y a través de la concertación con ellos, reconociendo la validez de su propia acción contra la miseria y apoyándose en ella: las familias de los trabajadores más desfavorecidos deben ser consideradas, desde un principio, protagonistas de la lucha contra la gran pobreza.

– OBSERVATORIOS DE LA GRAN POBREZA:

La primera etapa, previa a toda acción, a toda medida, es conocer la gran pobreza, pues sigue siendo desconocida, a pesar de todo lo que se ha escrito últimamente al respecto. La razón es

⁵ No mencionaremos aquí otros ámbitos esenciales, como el de la salud y la justicia, puesto que actualmente son objeto de investigaciones y reformas que deberían ir en el sentido del derecho a la salud y la defensa de los más desfavorecidos.

el lugar marginal de los muy pobres en la sociedad, el poco interés que despiertan en las esferas universitarias y para las líneas de investigación.

Por ello convendría crear observatorios regionales permanentes para investigar la gran pobreza y evaluar su evolución y los efectos conseguidos por las medidas puestas en marcha para destruirla. Todos los estudios sobre la gran pobreza deberían hacerse por petición de los interesados y con su participación, según las necesidades de conocimiento que mencionen para comprender su situación y cambiarla. Estos observatorios de la pobreza, por tanto, deberían trabajar prioritariamente para las asociaciones de solidaridad con el subproletariado, de las que hablaremos más adelante.

LA SEGURIDAD ECONÓMICA

– TRABAJO

La seguridad económica es la seguridad monetaria, la seguridad de la vivienda. Es, sobre todo, la seguridad del trabajo.

Los trabajadores más desfavorecidos no deben seguir pagando la actual inseguridad general del empleo. Deben poder prepararse para el futuro. Todo trabajo ha de ser reconocido como tal. Todo trabajador ha de poder encontrar un empleo conforme a sus posibilidades y ver reconocida la cualificación que tiene por el mero hecho de haber podido trabajar regularmente en un mismo sector de actividad. Los trabajadores más desfavorecidos han de poder beneficiarse de los avances en las técnicas y la organización del trabajo, y participar en la evolución del trabajo y en la elaboración de nuevas formas de organización.

A la espera de una reforma general del empleo y del paro basada en garantizar el derecho al trabajo, sugerimos proyectos y experiencias significativas que podrían ponerse en marcha rápidamente y con poco dinero.

Los trabajadores sin cualificación tienen derecho a una formación profesional que les permita adquirir, con los años y la experiencia, una mayor cualificación.

La formación continua debería ofrecer a todos la oportunidad de la promoción profesional y cultural que constituye el conocimiento de un oficio, y ello con independencia de las dimensiones de la empresa, incluidos los trabajadores en situación precaria y de ámbitos laborales periféricos, más particularmente los trabajadores que carecen de formación inicial.

Deberían experimentarse métodos nuevos; podría modificarse el orden de los conocimientos, de forma que la lectura y la escritura dejen de plantearse como condición previa para el aprendizaje de conocimientos elaborados, sino como acompañamiento.

De forma paralela deberían desarrollarse nuevas fórmulas para compartir el saber en la empresa: los trabajadores cualificados, por ejemplo, podrían ser liberados de parte de sus tareas para transmitir su experiencia y sus conocimientos y permitir a los demás mejorar su cualificación.

Todo trabajador debería tener la posibilidad de perfeccionarse a través de su propio empleo. ¿Podemos imaginar que, por debajo de un cierto grado de cualificación, un trabajador no pudiera ser despedido si no ha conseguido un aumento de su cualificación en la empresa?

Unas modalidades de regulación de los empleos no reconocidos deberían permitir que cualquier trabajo dé acceso a la protección social y a los derechos de los trabajadores.

Los trabajadores subproletarios deberían poder participar en experimentos para nuevas formas de organización del trabajo, como las que se llevan a cabo actualmente en el sector de las cooperativas y el sector terciario en general, a fin de que esas nuevas formas no se desarrollen sin la influencia de las aspiraciones y la participación de los trabajadores más desfavorecidos.

Deberían llevarse a cabo experiencias de la misma naturaleza en los ámbitos laborales periféricos, partiendo de la organización de que se dotarían los trabajadores que hayan recurrido a esos trabajos.

La Agencia Nacional para el Empleo, al acometer la revisión de los expedientes de los desempleados de larga duración, ha sacado a la luz la situación de los trabajadores más despreciados. Todos los organismos con una misión de servicio público que afecte a los ámbitos del empleo, la cualificación y la promoción de la mano de obra deberían incluso, en el marco de la preparación del IX Plan, hacer balance de las necesidades, de la acción realizada y de sus resultados en relación con los trabajadores subproletarios, para que se tenga en cuenta a estos trabajadores.

– **SEGURIDAD MONETARIA**

En nuestro país, la seguridad monetaria se basa en los ingresos por el trabajo y las prestaciones sociales. Todo trabajador debería tener un salario que corresponda a las necesidades generales de la población francesa actual. Por debajo de un cierto nivel de ingresos, el paro jamás debería gravarse con una pérdida de dinero. Todo parado tiene derecho a unos ingresos sustitutivos que deberían concedérsele sin la condición de un trabajo reconocido o de un plazo de afiliación y durante todo el tiempo que el trabajador carezca de empleo; debería ser suficientemente elevado como para responder, igual que el salario, a las necesidades de la familia francesa actual. Las prestaciones familiares deben entregarse de forma fiable y regular. Todo trabajador, toda familia, tiene derecho a conocer el importe de las prestaciones correspondientes y a saber de antemano cuándo las recibirán. Las cajas deberían estar obligadas a garantizar la regularidad de los pagos, realizando de inmediato las gestiones que pudieran ser necesarias. Los beneficiarios deberían tener la posibilidad de recurso si no se cumplen estas exigencias.

Todo individuo ha de poder recibir los cuidados necesarios para su salud, sea cual sea su situación económica. Los sistemas de reembolso y de remuneración de los hospitales y del personal médico deben preverse de tal forma que un paciente sin recursos pueda recibir atención siempre, sin tener que adelantar los gastos de la visita, la farmacia o el transporte ni tener que pagar la factura cuando salga del hospital.

– **VIVIENDA**

Igual que la privación de trabajo o de recursos, la privación de vivienda es una de las causas de la persistencia y la reproducción de la gran pobreza. Hasta que se produzcan reformas más fundamentales, exigimos que los organismos para la vivienda social tengan la obligación de facilitar una vivienda conforme a las normas en vigor a todas las familias que la soliciten.

Las ayudas existentes (subvención para la vivienda, ayuda personalizada para la vivienda) han de permitir que las familias sin recursos conserven su casa. No debería ser posible expulsar a una familia por ninguna razón sin proponerle otro alojamiento, como tampoco debería cortarse el agua o a luz cuando se acumulan las deudas.

SABER Y COMPARTIR EL SABER

La ignorancia es una de las razones profundas del mantenimiento de la gran pobreza. Sin embargo, los subproletarios tienen deseos de aprender y pueden hacerlo, como ya se ha demostrado, cuando se encuentran en condiciones en que se reconoce y valora su propia experiencia.

Pero la institución escolar –sea pública o privada– se presenta tanto a los niños y a los jóvenes como a sus familias como un organismo extraño que no saben interpretar, cuyo lenguaje no comprenden y en cuyo comportamiento ven un desprecio hacia ellos.

Por supuesto que ésa no es la intención de los profesionales, pero ellos desconocen el ambiente del niño tanto como el propio niño, el joven y la familia desconocen el mundo escolar. De ahí nace una incomprensión profunda que da lugar a que un elevado número de niños subproletarios salgan analfabetos de la escuela.

Hay reformas en marcha y es mucho lo que se puede esperar de ellas si toman en consideración la situación de los niños y los jóvenes subproletarios.

Por nuestra parte, querríamos proponer que los enseñantes salgan de las paredes de la escuela y que instauren la “escuela en la calle”. No se trata de crear una escuela para los pobres, sino una escuela en la que la pedagogía se base en la manera de ser del niño, se apoye en la experiencia del entorno y se construya en colaboración con las familias. Los maestros voluntarios, incorporados a unos grupos escolares de barrio, deberían recibir formación en este sentido y tener la autonomía de creación indispensable para llevar a buen fin tales proyectos educativos sin desvincularse del conjunto de la institución escolar.

De todas maneras, el objetivo de la escuela ha de ser preparar a los niños más desfavorecidos para la vida del mundo del mañana. Sería conveniente introducir en el programa de enseñanza primaria la utilización de herramientas a partir de los 8 años, y también introducir en el conjunto de los programas, empezando por las zonas prioritarias de Educación Nacional y la enseñanza especial, una iniciación a las nuevas técnicas, sobre todo la informática, a fin de que estos niños no queden al margen, como sus padres, de los cambios de la nueva fase de la evolución tecnológica e industrial, sino que estén preparados para entrar en ella en igualdad de condiciones y con pleno derecho.

En la formación profesional de los jóvenes más desposeídos convendría favorecer el aprendizaje en contacto directo con el mundo laboral.

Los adultos, a los que se ha impuesto la ignorancia y, en algunos casos, el analfabetismo, deberían tener la oportunidad de adquirir, además de la formación profesional y durante las horas de trabajo, los conocimientos generales necesarios para la vida cotidiana moderna y la participación social y política.

Como primer paso, la nación debería movilizarse en una enorme campaña de lucha contra el analfabetismo.

TOMAR LA PALABRA

Para obtener sus derechos fundamentales, el mundo obrero ha reivindicado en primer lugar el derecho a la palabra a título individual y colectivo. Los más desposeídos de ellos siguen aún privados de hecho del ejercicio de sus derechos y del uso de la palabra. Este silencio forzado de la población más desheredada es una de las causas de la permanencia y la reproducción de la gran pobreza.

– **CIUDADANÍA**

La palabra de un ciudadano supone el reconocimiento de su ciudadanía. En el caso de los subproletarios, esa ciudadanía se encuentra a menudo limitada por numerosos obstáculos debidos a que van errando de un lugar a otro, a las secuelas de dificultades pasadas, a su dependencia de la administración o del servicio social.

Todo ciudadano ha de poder vincularse a una comunidad local en la que su condición, sus ideas, su voz, se tomen inmediatamente en consideración. Los hogares más desposeídos, constantemente perseguidos, trasladados sin consultarles, los itinerantes, deben encontrar una acogida inmediata y adquirir el estatus completo de habitante de la comunidad en la que finalmente se queden más tiempo, con independencia del tipo de vivienda: este derecho ha de hacerse efectivo el mismo día en que el interesado se presente ante las autoridades locales competentes, sea para solicitar una vivienda o ayuda social, sea por los demás derechos del habitante de la comunidad.

Debería protegerse la reputación de un ciudadano acusado de un delito o condenado. Debería dejar de ser posible que se deniegue un empleo o una responsabilidad pública a quien ha sido objeto de una condena, salvo las excepciones especificadas en las regulaciones. La vida privada de un acusado y de su familia no debería someterse a la mirada pública: la práctica de la justicia debería evolucionar en este sentido.

En todo caso, sería deseable que los medios de comunicación dejen de estar autorizados a citar el nombre del autor de un delito, aunque sea grave, sin su autorización. Debe abolirse la prisión por deudas. Debería facilitarse que los ciudadanos puedan recurrir contra las decisiones administrativas a través de una información generalizada y simplificada de las posibilidades existentes, con un sistema de aplicación verdaderamente accesible a todos. Convendría estudiar la creación de un mediador regional o provincial encargado de proteger los derechos de los más débiles y de las minorías.

La acción social debería basarse en las aspiraciones de los más desfavorecidos y la resistencia que oponen a su situación. En este sentido convendría desarrollar la contratación y formación de trabajadores sociales surgidos de estos entornos⁶.

– **EXPRESIÓN COLECTIVA**

En la práctica, la expresión colectiva aún no está al alcance de todos. Para conseguir que lo esté sería precisa una auténtica preocupación por dar la palabra a todos los que tienen algo que decir, no sólo a quienes están formados en la concertación: ello significaría devolver su verdadero sentido a la concertación.

Sería necesario que todos pudieran ser interlocutores en pie de igualdad. Si, por ejemplo, la Unión Nacional de Asociaciones Familiares tiene que ser reconocida como representante de todas las familias de Francia, la tutela de las prestaciones familiares no debería confiarse más a las Uniones Provinciales de Asociaciones Familiares. En efecto, las familias con dificultades que viven en ciudades en que las Uniones Provinciales colaboran en la tutela de un número elevado de hogares, a menudo víctimas y siempre testigos de esta reducción a la dependencia, no pueden en ningún caso reconocer en la Unión Nacional a su representante público. Al mismo tiempo que se abran los canales existentes, los ciudadanos que no tienen la palabra deberían tener la opción de convertirse en interlocutores privilegiados.

Deberían poder crearse nuevas asociaciones que fuesen portavoces de las aspiraciones de los más desfavorecidos, constituidas por personas en situación de gran pobreza y por otros

⁶ La Unidad Experimental de Formación, de la Escuela de Formación de Animadores de Lille, ha realizado una tentativa de este tipo por iniciativa del doctor Marty y del Movimiento ATD Cuarto Mundo.

ciudadanos que pudieran integrarse a título individual. Podrían establecerse contratos de solidaridad entre estas asociaciones, las colectividades locales y el Estado para un plan de desarrollo social de los más desfavorecidos.

Estas asociaciones deberían reunirse en una Conferencia Nacional de las Minorías que estaría en contacto con los responsables políticos y administrativos del país, y se celebraría una reunión anual con el Jefe del Estado. Habría grupos de trabajo en contacto permanente con las instancias regionales y nacionales de planificación. Por último, en un cierto número de casos debería nombrarse a representantes de estas minorías: Consejo Económico y Social, Comités Económicos y Sociales Regionales, Comisión Nacional de Planificación, etc.

PARA TERMINAR:

LA VOLUNTAD POLÍTICA DE DESTRUIR LA CONDICIÓN DE EXTREMA POBREZA

Como verdaderos ciudadanos, los más desfavorecidos deben tener la posibilidad de influir en las elecciones de la nación y ver que sus preocupaciones están recogidas en las orientaciones de la política de Francia. En todos los casos, las cuestiones públicas deben inspirarse, prioritariamente, en las condiciones de vida subproletarias, no para crear circuitos especiales destinados a estas poblaciones, sino para reintroducir a los más desfavorecidos entre los demás ciudadanos. Si fuesen necesarias unas medidas específicas, deberían insertarse en el marco de las políticas generales. Las dificultades que encuentran los más desfavorecidos han de ser la señal de unas transformaciones que tendrán sentido para todos los ciudadanos.

En concreto, el destino de los más desposeídos no debería estar en manos únicamente del Ministerio de la Solidaridad: los derechos no adquiridos aún corresponden a todos los ámbitos de la vida y afectan a todos los ministerios. Una forma de manifestar un cambio en este sentido podría ser que cada ministerio se encargase de un proyecto concreto de lucha contra la pobreza. No se cambiará todo en un día ni en diez años: harán falta una o dos generaciones.

Las consecuencias de la miseria son demasiado duraderas y los cambios necesarios demasiado profundos. Lo que los más desfavorecidos esperan es que se hagan los primeros actos que demuestren la voluntad política del Jefe del Estado de comprometerse a abolir la condición subproletaria.

No hemos formulado más que algunos de estos actos, perfectamente posibles a pesar de la crisis e indispensables a causa de la crisis. Si se hicieran realidad, saldrían ganando no sólo los más desfavorecidos, sino todos los franceses.

Todavía tienen que enterarse de que todos saldrán ganando. Tal vez el signo más elocuente de que ha llegado un tiempo nuevo sea ese rendir cuentas que ya estipulaba la Declaración de los Derechos Humanos y del Ciudadano de 1789: un gobierno que no esté a la defensiva, un gobierno que, con toda confianza, pueda rendir cuentas a la nación, Y no porque todo vaya bien o porque todo se haya hecho bien, sino porque ese gobierno ha tomado una postura moral y social irrefutable: la de tomar medidas a un tiempo inéditas y razonables para ampliar la democracia hasta los más pobres.

Evaluar públicamente el beneficio que obtienen de todas las políticas francesas los trabajadores más desfavorecidos y sus familias, presentar las cuentas en los lugares en que están representados los trabajadores, no será recuperar el pasado, sino un nuevo paso hacia el futuro.

La miseria es obra de los hombres. Sólo los hombres podrán destruirla.

Joseph Wresinski

